QUE NO TE SORPRENDA

(Por Guillermo Saccomanno) —¿Ballenas blancas? —pregunta el Bebe—. ¿Vos viste alguna vez una ballena blanca? Ya nadie persigue ballenas blancas. Y menos por estas playas de la Villa.

Cuando el Bebe se propuso dejar la ginebra y pasarse al *earl grey* se empleó de portero nocturno en La Tonina Blanca, el hotel de unos amigos. El nombre, pensó, era un signo del destino.

—¿Sabés cuantas veces leí *Moby Dick*? —y no espera una respuesta—. Suficientes como para reventarme el cráneo. Entonces, ¿por qué elegí esta orilla? Porque el mar es mi sustituto del chumbazo en la sien. Y a todos los que andan por aquí, turistas o no, les pasa lo mismo. Todos y cada uno soñando frente al océano con cazar su ballenita blanca. Y no se avivan de que estamos en los dominios de la gran tonina.

El Bebe prende un negro en la semipenumbra de la conserjería. Y acodado en el mostrador mira el palomar, un casillero.

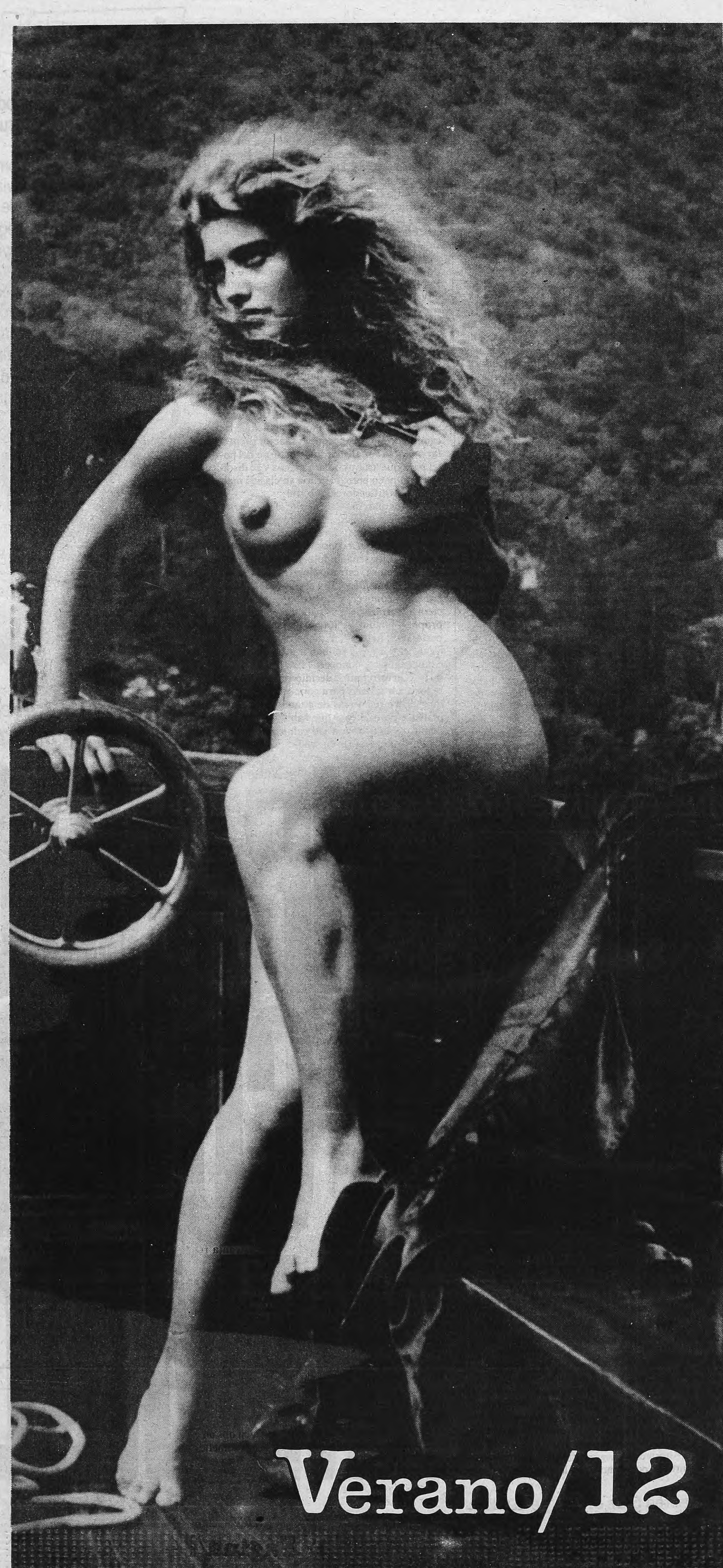
—Por ejemplo, la 29. En el I Ching el 29 es lo abismal, el agua. A los veintinueve años, Susi, la psicóloga, creía que "nada es casual —cuenta el Bebe—. Susi Silverman. Silver-man, captás. El hombre de plata. Pero sus relaciones venían cada vez más conflictivas, más "locas" y de mishiadura. Además, se le estaban piantando los pacientes. También, con esas iniciales: SS. Hasta un intrépido del Mossad le hubiera rajado. Araca, Lacan. A todo esto, Susi atribuía la fuga de pacientes a su desequilibrio afectivo. Lo habló con su control, lo habló con su terapeuta, lo habló con su mejor amiga. Y terminó consultando una ichinóloga. Ahí le salió el 29. Pero a quien más atención le prestó fue a su peluquero. *Tu problema es que buscás el príncipe azul en los tiempos de la peste rosa*, le dijo. *Buscá si querés, nena, pero usá forro. Además, con este corte, seguro que vas a pescar. ¿Te miraste bien en el espejo, Su? Hasta yo me enamoraría de vos.* Pero Susi se sentía como Sinnead O'Connor con el look cambiadísimo. *Decime, ¿por qué no te vas unos días al mar? Te vas a cargar de otra energía.* Y Susi asoció. Y con arpones en los ojos, vino a parar a la Villa.

Se hospedó en La Tonina Blanca. Y le tocó justo la 29. A esta altura, Susi tenía la ansiedad del capitán Ahab. Por las dudas, con el protector solar, había puesto en el bolso pastillas anticonceptivas y profilácticos. Apenas desembarcó en el cuarto, encalló el kit preventivo en el cajón de la mesa de luz. Si alguien le caía sospechoso, preservativo. Si le caía sano, la píldora la resguardaba. Cómo el Bebe se enteró de estos pormenores corresponde al misterio de la hotelería y a su sagacidad de lector del muelle. Porque ese mostrador es un muelle.

—Corte nuevo, bikini nueva —sigue el Bebe—. Pero durante toda la quincena hubo sudestada. Si no estaba nublado, llovía. Y Susi caminaba desolada la 3. Se la quisieron levantar un turquito butiquero, un yuppie berreta, un mecánico dental poeta, un taxista, un videasta de uncipar y un artesano local. Solteros, casados y separados. Ninguno arrimó el bochín. Y todas las madrugadas Susi volvía sola al hotel. En el cuarto, abría el cajón de la mesa de luz, miraba con melancolía los envases, tomaba la píldora y la tristeza le empujaba el valium. Se fue pálida como vino. Encima, resfriada y con un desarreglo hormonal que le causaron las píldoras. *Estuve muy conectada conmigo misma*, me dijo la noche antes de irse. Le pregunté en qué viajaba al día siguiente. *No voy en tren, voy en Antón*, me contestó con el humor de un tiburón en un acuario. Y apenas Susi se fue, esa misma mañana salió el sol, empezaron los mejores días de la temporada.

El Bebe se sirve otro vaso de té. Deben ser como las cuatro.

—Un día de éstos me pongo a escribir sobre la casa de la tonina blanca —reflexiona—. Que no te sorprenda.



MIRANDO A CORTAZAR PREMIADO

Se dice que la poco ortodoxa obra periodística del peruano Alfredo Bryce Echenique —"Un mundo para Julius", "El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz", son algunas de sus novelas— se propone llegar a una subjetividad bienintencionada. Ejemplo cabal de tan efectiva contradicción es esta crónica donde la figura de Julio Cortázar aparece y desaparece con los inequívocos modales de un involuntario cronopio.

Por Alfredo Bryce Echenique

Una noche en que regresaba *solitario* a mi casa, recuerdo haberle escuchado decir a un joven escritor cuyo primer libro se anunciaba por aquellos días que gracias a Cortázar había aprendido a escribir. Yo estudiaba literatura, también, y cuando apareció aquel primer libro lamenté que aquel joven escritor no hubiese leído a Cortázar antes. En su libro, aparte de unas líneas en que se le iba la mano vía sensibilidad (y que aún recuerdo con cariño), lo que había más bien era un enorme respeto por el sujeto, el verbo y el predicado. Más tarde, en otro libro, sí noté que había leído a Cortázar, porque, aunque sus preocupaciones temáticas eran otras, y también sus resultados, escribía realmente como le venía en gana, y se podía notar que ya no andaba sujeto a normas gramaticales, que la verborrea había desaparecido y que tampoco buscaba ser el que ha predicado. Tenía más bien un problema de lenguaje, pero eso no me disgustaba, por más trabajo que un problema así pueda causarle a un escritor. Ahora como que trataba de compartirlo todo con el lector, vía sensibilidad (un problema de palabras, repito), y buscaba que, en la medida de lo posible, un poco como a Cortázar, se le fuera la mano hasta encontrar la verdadera libertad.

Pero dejemos a ese joven escritor. Me sería fácil hablar de él porque lo veo casi todos los días. Y no digo todos los días, porque hay veces que se duerme veinticuatro horas seguidas y entonces no lo ve ni Dios. En cambio a Cortázar lo he visto pocas veces en mi vida, y quiero contar cómo fue, aunque no sea más que por el bien que le hizo a aquel gran dormilón. La primera vez que vi a Julio Cortázar en mis épocas de estudiante fue aplaudiendo con unas manos largas, con unos dedos tan largos como *Rayuela*, y obviamente tan imprescindibles como los capítulos prescindibles de *Rayuela*. Además, porque aunque Cortázar haya escrito un libro que el *Times Litterary Supplement* calificó de tan importante cómo el *Ulises* de Joyce (te cuento, Julio), sólo tiene diez dedos y, como cualquier común mortal, ningún deseo de perderlos. Sólo diez. Mitificadores que son.

Bueno, decía que estaba aplaudiendo y añado que sonreía, que le sonreía a otro escritor que acababa de pronunciar un discurso de esos que uno empieza a mirar si ya llegó la policía. Cortázar era un hombre de unos veinticinco años, treinta máximo, para que no sigan llamándome exagerado. Me cayó muy simpático, sobre todo estoy seguro de que, al mismo tiempo que aplaudía, estaba pensando en lecturas Zen y preguntándose cómo era el sonido de una sola mano al aplaudir. Ahora recuerdo que yo andaba leyendo *El cazador oculto* por aquellos días, pero que esa noche regresé a leer cualquier libro de Cortázar, porque con él me sucede siempre que el libro suyo que me gusta más es el que estoy leyendo en este momento. Tremenda desilusión. Decía el libro que Cortázar había nacido en 1914. Tenía pues, cincuenta años. O sea que yo había visto al hijo de Cortázar.

Después lo vi mil veces más en esas reuniones de latinoamericanos, en las cuales nunca estaba, y que siempre empiezan tarde y acaban mal y sobre todo nunca porque uno nunca realiza esos sueños, y cosas como que la chica que dice che no es argentina sino que vive con un argentino y se le ha pegado el che y entonces Pepe, que había visto en ella a la Maga, se entera de que el argentino se le ha despegado a ella, por eso llora y bebe tanto para ser mujer. Total que Pepe, por haberle metido caballo con la misma desesperación con que cuenta, canta Gardel en una radiola más vieja de la que recomienda Cortázar para estos menesteres, Pepe, como Leguizamo en el tango, termina perdiendo *por una cabeza*. Ella le agradece su bondad, y también la dirección del médico en Holanda. Luego Pepe le presta la parte de su beca destinada a cigarrillos, masoco el Pepe, en el fondo del vino sabe que lo hace para recordarla llorando a fin de mes cuando Gardel cante en otra con vino barato, *y estuve un mes sin fumar*. Rocamadour no nacerá. La conversación sobre Cortázar fue el momento más agradable para mí, sobre todo porque me enteré de que sí era el que vi aplaudiendo. Que lo que pasa es que Cortázar parece mucho menor de lo que es. Cortázar es Rocamadour, dice Pedrito, que estudia con Goldman, y se viene de bruces borracho. Tercero que se viene de bruces borracho. Nos retiramos inmadurísimos. La ciudad es París. Sucede todavía.

Ahora estoy seguro de que cuando vea a Cortázar por segunda vez lo reconoceré, aunque los libros digan su verdadera edad. Tenía esta convicción, y también la de que lo iba a ver por primera vez, ya que el haber creído ver a su hijo la primera vez, como que me había hecho no verlo, olvidarlo casi, se me habían borrado sus facciones, era como si hubiera sido a la de mentiras, ésta no vale, algo así. Mitificadores que son.

Había una vez... Perdón. Estábamos una noche en el metro, y apareció Cortázar. Cortázar, dijo Pedrito. Cortázar, susurró Pepe. No, dije yo: Cortázar aparenta veinticinco años y ese hombre tiene muchos más. Rosa, que era mi camarada, evitó que me lincharan, diciendo que era el padre de Cortázar. Bajó la tensión que había entre nosotros, y nos bajamos nosotros también del metro para seguir a Cortázar y ver quién era. Entró en la dirección en que vivía Cortázar. Rosa dijo que no tenía nada de raro que padre e hijo vivieran juntos, en París, podría su papá estar de visita o algo por el estilo. Yo pensé que ya conocía al padre y al hijo, o mejor dicho, al abuelo y al nieto. Me faltaba Cortázar... Entonces nos dimos cuenta de que ya no nos quedaban cigarrillos y de que el metro del padre de Cortázar había sido el último de esa noche. Rosa acusó a Pepe de revisionista, pero las dos horas siguientes las caminamos juntos porque era mejor despertar una sola vez al guardián nocturno del hotel para que así nos odiara menos y se disolviera un poco entre el grupo su clásica maldecida. Mitificadores que son.

Muchos años después, frente al número 44 de la rue de Rennes, el que suscribe habría de recordar aquella tarde jamás remota en que Rosa lo llevó a conocer a Cortázar. "Ahí está", le dijo, señalándole el libro que esperaba su lectura, cerrado, inerte, como Leticia en *Final de juego*. Era el año 1956, se acababan de conocer, y Rosa quería que conociera a Cortázar. "Las palabras tienen vida propia —añadió—. Sólo es cuestión de despertarles el ánima." Y algún día iban a terminar el colegio y se iban a ir a París para conocer... para conocer... Ese día, después de leer un rato juntos decidieron que ese día se iban a ir a París para conocer a Cortázar que seguro tenía más de gitano que de rioplatense porque él sí que sabía despertarle facilito vida propia a las palabras.

—Lo pregonaba en cada uno de sus libros—. —¿Qué? —preguntó Rosa—. —Se te está viendo la otra —cité—. —¿Qué se me está viendo?—. —Rosa *la Première* et Rosa *la Seconde* —suspiré un irritando a mi viejo perro boter que, de joven, se arrojaba del trampolín de la piscina, aquel verano en que conocí a Rosa *la Première*— —Proust de paçotilla —me dijo Rosa *la Seconde*. Me dolió tanto como a Pepe, la noche en que le dijo revisionista. Entramos al 44, y el joven escritor que una noche había agradecido haber leído a Cortázar estaba sentado junto al autor del *Libro de Manuel* y uno tras otro le caían por la cabeza los bolígrafos secos a punta de tanto firmar autógrafos que Cortázar iba lanzando al aire, gentil con todo el mundo. —Si sobrevivo te lo presento —me dijo el joven escritor. Yo, el presentable, le advertí terminantemente a Rosa: si le dices revisionista a Cortázar no te vuelvo a ver nunca más en la vida. —Imbécil —me dijo Rosa. De su cartera sacó un *Libro de Manuel* leidísimo, subrayado y todo, y se lo entregó a Julio Cortázar. Después sacó otro libro, y ése fue el único libro que firmó el joven escritor aquella tarde, en la firma-exposición de solidaridad con el pueblo de Chile. "A Rosa, con la esperanza de que algún día se convierta en (mi) revisionista." Firmó: "Este cuerpo". Se mataron de risa, Cortázar intervino para ver. Era un hombre muy simpático.

La segunda vez que vi a Julio Cortázar fue en casa de Julio Ramón Ribeyro. Mi gran amigo alzó su copa de vino y propuso un brindis. En el aburrimiento otoñal de los premios literarios, los Goncourts, Feminas, etc. (desde Saint-Exupéry no creo haber leído un Goncourt que no me haya producido jaqueca... Hace años que no tengo una jaqueca en otoño), el libro verde de Sudamericana acababa de ganar un premio, en su versión francesa de Gallimard, Julio Cortázar no necesita ni cree en los premios. Eso es cosa suya. Y tal vez cosa fácil porque como escritor nació premiado. Otros serán los beneficiarios de su premio (*Médicis Etranger*), y tirajes y regalías y entrevistas y participaciones en tribunales como el Russell. Alegres, aceptamos entonces el brindis de nuestro anfitrión. Y pasamos a hablar de otras cosas. De tantas cosas. Y yo pensaba en el joven escritor que una noche me había dicho que gracias a... Realistas que son.

Pasamos a hacernos más amigos. Nos reímos mucho recordando definiciones de diccionarios increíbles que habría que desempolvar tan rápidamente como se empolvan algunos Goncourts, algunos Renaudots, no sé. La mejor de la noche fue la que un amigo chileno acababa de contarme. Decía aquel diccionario: "Madre putativa: aquella que se reputa madre". Fueron horas muy agradables y las he repetido en casa de Julio. Recuerdo su viaje a Sicilia. Recuerdo la noche que en su casa lo felicité por el precioso puló ver peruano que llevaba puesto. Resultó que era islandés. Y un rato después, no sé si fue el vino, o algunos cuentos de Julio, más mi normal temor después de todo lo que he contado: lo vi sin pulóver. Me rompí a hablar de mi viaje a México, el verano

MIRANDO A CORTAZAR PREMIADO

Se dice que la poco ortodoxa obra periodística del peruano Alfredo Bryce Echenique —"Un mundo para Julius", "El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz", son algunas de sus novelas— se propone llegar a una subjetividad bienintencionada. Ejemplo cabal de tan efectiva contradicción es esta crónica donde la figura de Julio Cortázar aparece y desaparece con los inequívocos modales de un involuntario cronopio.

Por Alfredo Bryce Echenique

Una noche en que regresaba *solitario* a mi casa, recuerdo haberle escuchado decir a un joven escritor cuyo primer libro se anunciaba por aquellos días que gracias a Cortázar había aprendido a escribir. Yo estudiaba literatura, también, y cuando apareció aquel primer libro lamenté que aquel joven escritor no hubiese leído a Cortázar antes. En su libro, aparte de unas líneas en que se le iba la mano vía sensibilidad (y que aún recuerdo con cariño), lo que había más bien era un enorme respeto por el sujeto, el verbo y el predicado. Más tarde, en otro libro, sí noté que había leído a Cortázar, porque, aunque sus preocupaciones temáticas eran otras, y también sus resultados, escribía realmente como le venía en gana, y se podía notar que ya no andaba sujeto a normas gramaticales, que la verborrea había desaparecido y que tampoco buscaba ser el que ha predicado. Tenía más bien un problema de lenguaje, pero eso no me disgustaba, por más trabajo que un problema así pueda causarle a un escritor. Ahora como que trataba de compartirlo todo con el lector, vía sensibilidad (un problema de palabras, repito), y buscaba que, en la medida de lo posible, un poco como a Cortázar, se le fuera la mano hasta encontrar la verdadera libertad.

Pero dejemos a ese joven escritor. Me sería fácil hablar de él porque lo veo casi todos los días. Y no digo todos los días, porque hay veces que se duerme veinticuatro horas seguidas y entonces no lo ve ni Dios. En cambio a Cortázar lo he visto pocas veces en mi vida, y quiero contar cómo fue, aunque no sea más que por el bien que le hizo a aquel gran dormilón. La primera vez que vi a Julio Cortázar en mis épocas de estudiante fue aplaudiendo con unas manos largas, con unos dedos tan largos como *Rayuela*, y obviamente tan imprescindibles como los capítulos prescindibles de *Rayuela*. Además, porque aunque Cortázar haya escrito un libro que el *Times Litterary Supplement* calificó de tan importante como el *Ulises* de Joyce (te cuento, Julio), sólo tiene diez dedos y, como cualquier común mortal, ningún deseo de perderlos. Sólo diez. Mitificadores que son.

Bueno, decía que estaba aplaudiendo y añado que sonreía, que le sonreía a otro escritor que acababa de pronunciar un discurso de esos que uno empieza a mirar si ya llegó la policía. Cortázar era un hombre de unos veinticinco años, treinta máximo, para que no sigan llamándome exagerado. Me cayó muy simpático, sobre todo estoy seguro de que, al mismo tiempo que aplaudía, estaba pensando en lecturas Zen y preguntándose cómo era el sonido de una sola mano al aplaudir. Ahora recuerdo que yo andaba leyendo *El cazador oculto* por aquellos días, pero que esa noche regresé a leer cualquier libro de Cortázar, porque con él me sucede siempre que el libro suyo que me gusta más es el que estoy leyendo en este momento. Tremenda desilusión. Decía el libro que Cortázar había nacido en 1914. Tenía pues, cincuenta años. O sea que yo había visto al hijo de Cortázar.

Después lo vi mil veces más en esas reuniones de latinoamericanos, en las cuales nunca estaba, y que siempre empiezan tarde y acaban mal y sobre todo nunca porque uno nunca realiza esos sueños, y cosas como que la chica que dice che no es argentina sino que vive con un argentino y se le ha pegado el che y entonces Pepe, que había visto en ella a la Maga, se entera de que el argentino se le ha despegado a ella, por eso llora y bebe tanto para ser mujer. Total que Pepe, por haberle metido caballo con la misma desesperación con que cuenta, canta Gardel en una radiola más vieja de la que recomienda Cortázar para estos menesteres, Pepe, como Leguizamo en el tango, termina perdiendo *por una cabeza*. Ella le agradece su bondad, y también la dirección del médico en Holanda. Luego Pepe le presta la parte de su beca destinada a cigarrillos, masoco el Pepe, en el fondo del vino sabe que lo hace para recordarla llorando a fin de mes cuando Gardel cante en otra con vino barato, *y estuve un mes sin fumar*. Rocamadour no nacerá. La conversación sobre Cortázar fue el momento más agradable para mí, sobre todo porque me enteré de que sí era el que vi aplaudiendo. Que lo que pasa es que Cortázar parece mucho menor de lo que es. Cortázar es Rocamadour, dice Pedrito, que estudia con Goldman, y se viene de bruces borracho. Tercero que se viene de bruces borracho. Nos retiramos inmadurísimos. La ciudad es París. Sucede todavía.

Ahora estoy seguro de que cuando vea a Cortázar por segunda vez lo reconoceré, aunque los libros digan su verdadera edad. Tenía esta convicción, y también la de que lo iba a ver por primera vez, ya que el haber creído ver a su hijo la primera vez, como que me había hecho no verlo, olvidarlo casi, se me habían borrado sus facciones, era como si hubiera sido a la de mentiras, ésta no vale, algo así. Mitificadores que son.

Había una vez... Perdón. Estábamos una noche en el metro, y apareció Cortázar. Cortázar, dijo Pedrito. Cortázar, susurró Pepe. No, dije yo: Cortázar aparenta veinticinco años y ese hombre tiene muchos más. Rosa, que era mi camarada, evitó que me lincharan, diciendo que era el padre de Cortázar. Bajó la tensión que había entre nosotros, y nos bajamos nosotros también del metro para seguir a Cortázar y ver quién era. Entró en la dirección en que vivía Cortázar. Rosa dijo que no tenía nada de raro que padre e hijo vivieran juntos, en París, podría su papá estar de visita o algo por el estilo. Yo pensé que ya conocía al padre y al hijo, o mejor dicho, al abuelo y al nieto. Me faltaba Cortázar... Entonces nos dimos cuenta de que ya no nos quedaban cigarrillos y de que el metro del padre de Cortázar había sido el último de esa noche. Rosa acusó a Pepe de revisionista, pero las dos horas siguientes las caminamos juntos porque era mejor despertar una sola vez al guardián nocturno del hotel para que así nos odiara menos y se disolviera un poco entre el grupo su clásica maldecida. Mitificadores que son.

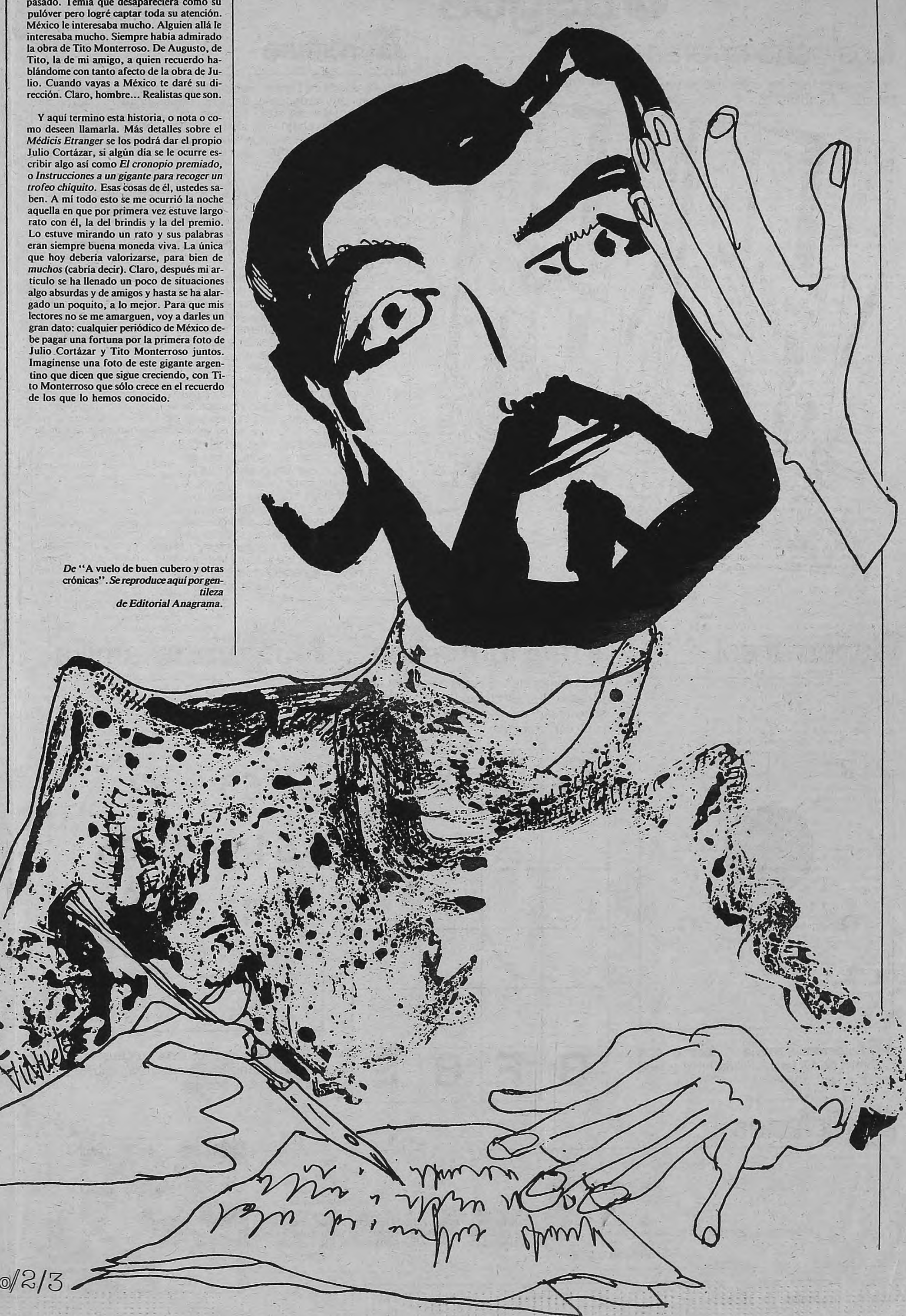
Muchos años después, frente al número 44 de la rue de Rennes, el que suscribe habría de recordar aquella tarde jamás remota en que Rosa lo llevó a conocer a Cortázar. "Ahí está", le dijo, señalándole el libro que esperaba su lectura, cerrado, inerte, como Leticia en *Final de juego*. Era el año 1956, se acababan de conocer, y Rosa quería que conociera a Cortázar. "Las palabras tienen vida propia —añadió—. Sólo es cuestión de despertarles el ánima." Y algún día iban a terminar el colegio y se iban a ir a París para conocer... para conocer... Ese día, después de leer un rato juntos decidieron que ese día se iban a ir a París para conocer a Cortázar que seguro tenía más de gitano que de rioplatense porque él sí que sabía despertarle facilito vida propia a las palabras.

—Lo pregonaba en cada uno de sus libros—. —¿Qué? —preguntó Rosa—. —Se te está viendo la otra —cité—. —¿Qué se me está viendo?—. —Rosa *la Première* et Rosa *la Seconde* —suspiré un irritando a mi viejo perro boter que, de joven, se arrojaba del trampolín de la piscina, aquel verano en que conocí a Rosa *la Première*— —Proust de paçotilla —me dijo Rosa *la Seconde*. Me dolió tanto como a Pepe, la noche en que le dijo revisionista. Entramos al 44, y el joven escritor que una noche había agradecido haber leído a Cortázar estaba sentado junto al autor del *Libro de Manuel* y uno tras otro le caían por la cabeza los bolígrafos secos a punta de tanto firmar autógrafos que Cortázar iba lanzando al aire, gentil con todo el mundo. —Si sobrevivo te lo presento —me dijo el joven escritor. Yo, el presentable, le advertí terminantemente a Rosa: si le dices revisionista a Cortázar no te vuelvo a ver nunca más en la vida. —Imbécil —me dijo Rosa. De su cartera sacó un *Libro de Manuel* leidísimo, subrayado y todo, y se lo entregó a Julio Cortázar. Después sacó otro libro, y ése fue el único libro que firmó el joven escritor aquella tarde, en la firma-exposición de solidaridad con el pueblo de Chile. "A Rosa, con la esperanza de que algún día se convierta en (mi) revisionista." Firmó: "Este cuerpo". Se mataron de risa, Cortázar intervino para ver. Era un hombre muy simpático.

La segunda vez que vi a Julio Cortázar fue en casa de Julio Ramón Ribeyro. Mi gran amigo alzó su copa de vino y propuso un brindis. En el aburrimiento otoñal de los premios literarios, los Goncourts, Feminas, etc. (desde Saint-Exupéry no creo haber leído un Goncourt que no me haya producido jaqueca... Hace años que no tengo una jaqueca en otoño), el libro verde de Sudamericana acababa de ganar un premio, en su versión francesa de Gallimard, Julio Cortázar no necesita ni cree en los premios. Eso es cosa suya. Y tal vez cosa fácil porque como escritor nació premiado. Otros serán los beneficiarios de su premio (*Médicis Etranger*), y tirajes y regalías y entrevistas y participaciones en tribunales como el Russell. Alegres, aceptamos entonces el brindis de nuestro anfitrión. Y pasamos a hablar de otras cosas. De tantas cosas. Y yo pensaba en el joven escritor que una noche me había dicho que gracias a... Realistas que son.

Pasamos a hacernos más amigos. Nos reímos mucho recordando definiciones de diccionarios increíbles que habría que desempolvar tan rápidamente como se empolvan algunos Goncourts, algunos Renaudots, no sé. La mejor de la noche fue la que un amigo chileno acababa de contarme. Decía aquel diccionario: "Madre putativa: aquella que se reputa madre". Fueron horas muy agradables y las he repetido en casa de Julio. Recuerdo su viaje a Sicilia. Recuerdo la noche que en su casa lo felicité por el precioso pulóver peruano que llevaba puesto. Resultó que era islandés. Y un rato después, no sé si fue el vino, o algunos cuentos de Julio, más mi normal temor después de todo lo que he contado: lo vi sin pulóver. Me rompí a hablar de mi viaje a México, el verano pasado. Temía que desapareciera como su pulóver pero logré captar toda su atención. México le interesaba mucho. Alguien allá le interesaba mucho. Siempre había admirado la obra de Tito Monterroso. De Augusto, de Tito, la de mi amigo, a quien recuerdo hablándome con tanto afecto de la obra de Julio. Cuando vayas a México te daré su dirección. Claro, hombre... Realistas que son.

Y aquí termino esta historia, o nota o como deseen llamarla. Más detalles sobre el *Médicis Etranger* se los podrá dar el propio Julio Cortázar, si algún día se le ocurre escribir algo así como *El cronopio premiado*, o *Instrucciones a un gigante para recoger un trofeo chiquito*. Esas cosas de él, ustedes saben. A mí todo esto se me ocurrió la noche aquella en que por primera vez estuve largo rato con él, la del brindis y la del premio. Lo estuve mirando un rato y sus palabras eran siempre buena moneda viva. La única que hoy debería valorizarse, para bien de *muchos* (cabría decir). Claro, después mi artículo se ha llenado un poco de situaciones algo absurdas y de amigos y hasta se ha alargado un poquito, a lo mejor. Para que mis lectores no se me amarguen, voy a darles un gran dato: cualquier periódico de México debe pagar una fortuna por la primera foto de Julio Cortázar y Tito Monterroso juntos. Imagínense una foto de este gigante argentino que dicen que sigue creciendo, con Tito Monterroso que sólo crece en el recuerdo de los que lo hemos conocido.

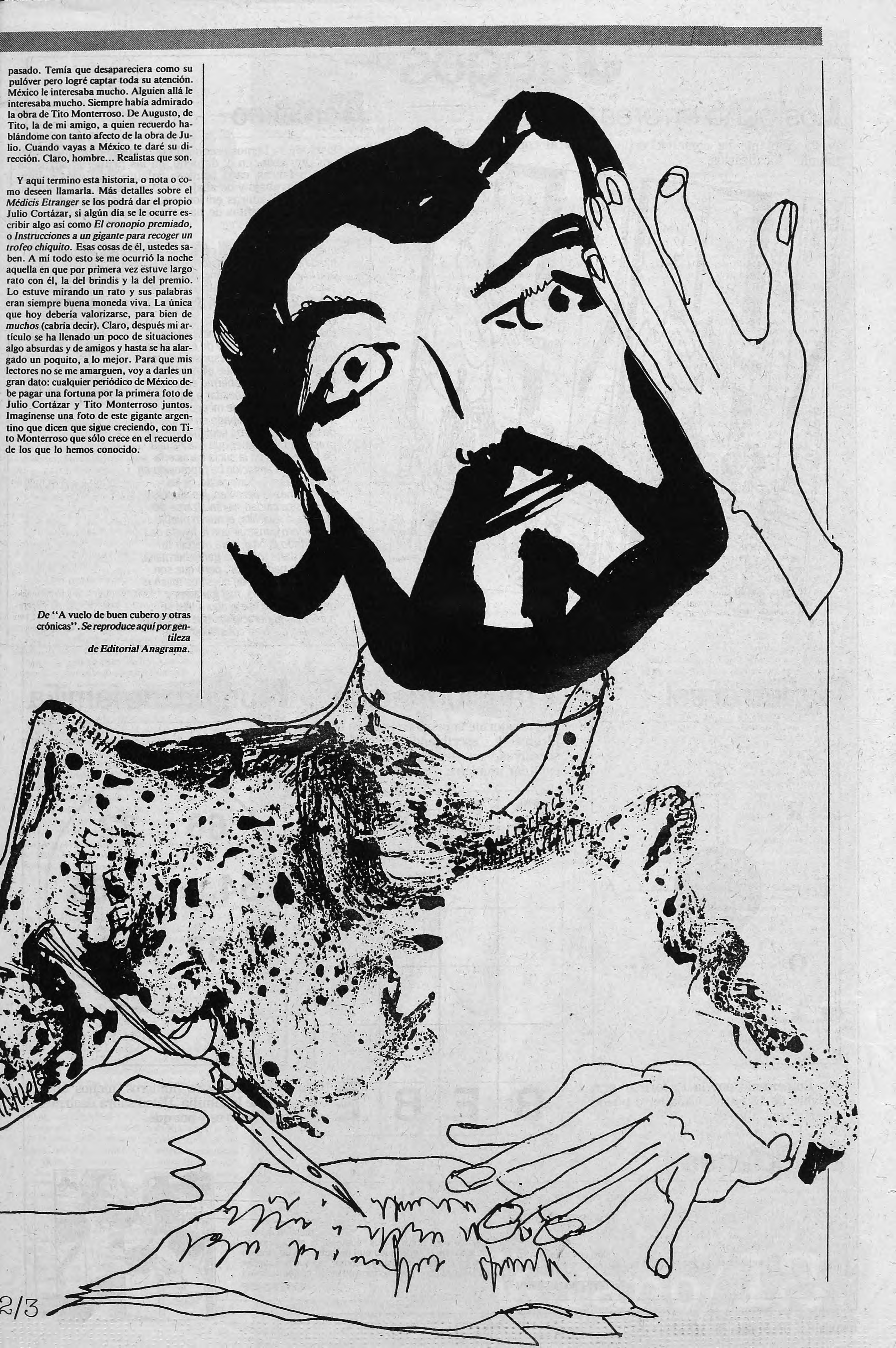


De "A vuelo de buen cubero y otras crónicas". Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.

pasado. Temía que desapareciera como su pulóver pero logré captar toda su atención. México le interesaba mucho. Alguien allá le interesaba mucho. Siempre había admirado la obra de Tito Monterroso. De Augusto, de Tito, la de mi amigo, a quien recuerdo hablándome con tanto afecto de la obra de Julio. Cuando vayas a México te daré su dirección. Claro, hombre... Realistas que son.

Y aquí termino esta historia, o nota o como deseen llamarla. Más detalles sobre el *Médicis Etranger* se los podrá dar el propio Julio Cortázar, si algún día se le ocurre escribir algo así como *El cronopio premiado*, o *Instrucciones a un gigante para recoger un trofeo chiquito*. Esas cosas de él, ustedes saben. A mí todo esto se me ocurrió la noche aquella en que por primera vez estuve largo rato con él, la del brindis y la del premio. Lo estuve mirando un rato y sus palabras eran siempre buena moneda viva. La única que hoy debería valorizarse, para bien de *muchos* (cabría decir). Claro, después mi artículo se ha llenado un poco de situaciones algo absurdas y de amigos y hasta se ha alargado un poquito, a lo mejor. Para que mis lectores no se me amarguen, voy a darles un gran dato: cualquier periódico de México debe pagar una fortuna por la primera foto de Julio Cortázar y Tito Monterroso juntos. Imagínense una foto de este gigante argentino que dicen que sigue creciendo, con Tito Monterroso que sólo crece en el recuerdo de los que lo hemos conocido.

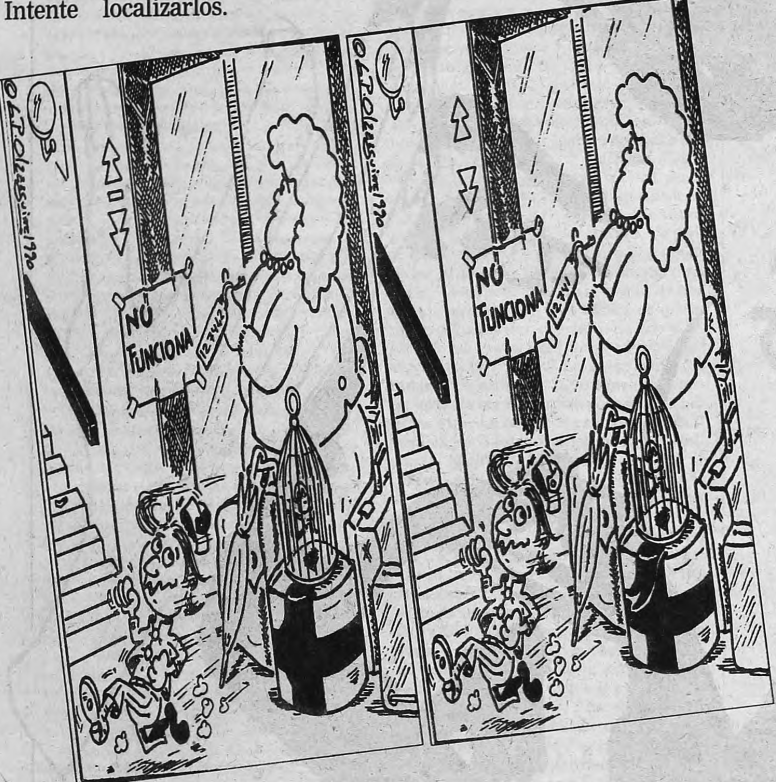
De "A vuelo de buen cubero y otras crónicas". *Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.*



Juegos

Los ocho errores

► El dibujante ha cometido ocho errores al copiar el dibujo. Intente localizarlos.



Acróstico

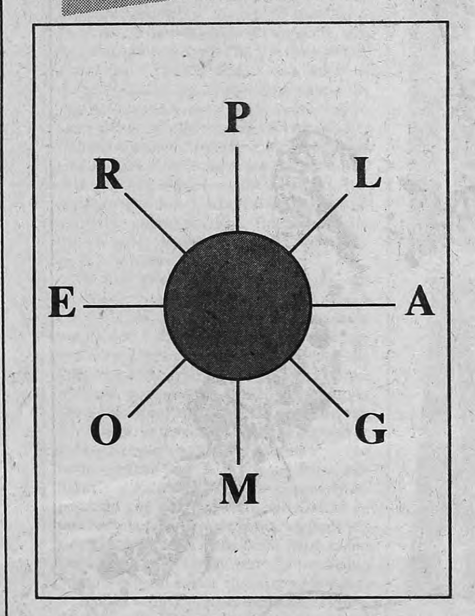
► Hasta ahora hemos escondido mensajes en las letras del margen izquierdo, en el derecho, en las primeras letras de cada dos palabras, cada primera palabra, en líneas salteadas, de arriba abajo y de abajo arriba y hasta metiendo palabras y líneas enteras en los textos. Todavía quedan muchas maneras distintas de hacerlo, así que lo dejamos con ello.

Imagínese, usted es un personaje secuestrado por una banda de asesinos cualquiera, de las muchas que hay con la excusa de la hermandad universal. Bien, para zafarse de tamaña gentuza, les sugerimos esta artimaña:

LA SOLUCION VA A ESTAR BIEN A LA VISTA

Querida esposa:
Estoy cumpliendo sentencia en estos
momentos, por ser uno de esos tipos
explotadores de los desposeídos, me
alegro que así sea, que ellos tienen
toda la razón por haberme encerrado
y haberme hecho meditar a fondo en
las consecuencias de mi egoísmo, el
mal que está agazapado en el sótano
de nuestros oscuros sentimientos de
propiedad, sin saber que esa es una
de las formas de la sucia carnicería
que nuestra ambición ha promovido en
la historia de la humanidad. Si las
condiciones lo permiten, las afueras
de nuestra ciudad, verán alzarse del
suelo la nueva villa, el nuevo pueblo
que quiero construir con la ayuda de
mi podrido capital, para mercer tu
amor y darlo todo a la gente hermana,
a los que nada tienen, pero que son
los merecedores de nuestros muchos
bienes y riquezas, mal ganados y
peot utilizados hasta ahora. Así se
hará y las generaciones que se relevan
disfruten del bien constantemente.

Rodeo al sol



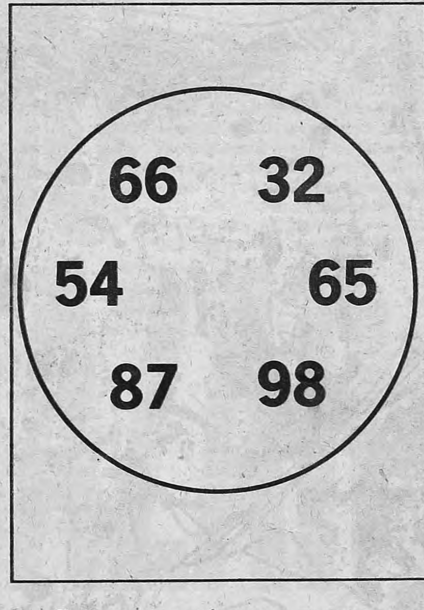
► Empezando por la **P**, formar una palabra de 13 letras. Cada letra puede usarse varias veces.

Transformación

► Transforme la primera palabra en la última, escribiendo palabras sucesivas, en las que solo puede cambiar una letra.

C	U	N	A
B	E	B	E

Número de familia



► Todos estos números, menos uno, son de la familia. Usted sabrá decirnos cuál no lo es y por qué.

Soluciones

ACROSTICO:
Leyendo sólo la última palabra de cada línea se tiene el siguiente mensaje: "Esposa: Estos tipos me tienen encerrado en el sótano de una carnicería en las afueras del pueblo de tu hermana, son muchos y se relevan constantemente."

NUMERO DE FAMILIA:
El 66, porque en los demás restadas sus cifras siempre da uno o menos uno.

TRANSFORMACION:
Cuna. Cuba. Ceba. Beba. Bebé.

